

“TERAPEUTICA PSICOANALITICA”

F. Alexander y T. French

Capítulo IV

“El principio de la experiencia emocional correctiva”

En todas las formas de psicoterapia etiológica rige el mismo principio terapéutico básico: re exponer al paciente, en circunstancias más favorables, a situaciones emocionales que no pudo resolver en el pasado. A fin de poder recibir ayuda, aquél debe sufrir una experiencia emocional correctiva adecuada para reparar la influencia traumática de experiencias anteriores. Es de importancia secundaria si ésta experiencia correctiva tiene lugar durante el tratamiento o en la vida diaria del paciente...

...El carácter de la relación transferencial es singular en el sentido de que el paciente tiene la oportunidad de poner de manifiesto cualesquiera modos de conducta, de entre una gran diversidad. Es importante comprender que en esta relación el dominio de un conflicto irresuelto se hace posible no sólo debido a que el conflicto transferencial es menos intenso que el original, sino también a que el analista adopta una actitud distinta de la asumida por el progenitor hacia el niño en la situación conflictiva original.

Mientras el paciente continúa actuando conforme a pautas anticuadas, la reacción del analista se adapta estrictamente a la situación terapéutica real. Esto hace del comportamiento transferencial de aquél un unilateral boxeo con su sombra y así el terapeuta tiene oportunidad de ayudarlo tanto a ver intelectualmente como a *sentir* la irracionalidad de sus reacciones emocionales. Al mismo tiempo, la actitud objetiva, comprensiva, del analista, permite al paciente encarar en forma distinta sus reacciones emocionales y hacer así una nueva definición del viejo problema. La antigua pauta era un intento de adaptación, por parte del niño, a la conducta parental. Cuando un eslabón (la respuesta parental) de esta relación interpersonal se modifica a través del terapeuta, la reacción del paciente pierde su objeto.

Al formular la dinámica del tratamiento, la tendencia usual es subrayar la repetición del viejo conflicto en la situación transferencial y destacar la similitud entre la antigua situación conflictiva y la situación transferencial. A menudo se pasa por alto la significación terapéutica de las *diferencias* entre ambas situaciones.

Y es precisamente en estas diferencias dónde radica el secreto del valor terapéutico del procedimiento analítico. Porque la actitud del terapeuta es distinta de la actitud de la persona autoritaria del pasado, por eso brinda al paciente la oportunidad de enfrentar una y otra vez, en circunstancias más favorables, aquellas situaciones emocionales antes insoportables, y tratarlas en forma distinta de las antiguas.

Esto puede lograrse sólo mediante la experiencia real en la relación de paciente a terapeuta: la sola penetración intelectual no basta. En cambio, es necesidad vital para el terapeuta tener una comprensión clara del desarrollo genético de las dificultades emocionales del paciente, de suerte de poder revivir para él las situaciones conflictivas originales, ante las que se haya batido en retirada. La comprensión intelectual de esa genética por el paciente posee sólo una importancia accesoria. Cuanto más exacto sea el entendimiento del terapeuta acerca de la dinámica y, por ende, cuando más capaz sea de reactivar las actitudes anteriores, tanto más adecuadamente podrá brindar, mediante su propia actitud, las nuevas experiencias necesarias para producir resultados terapéuticos. No existe en la realidad un psicoanalista completamente neutro, y tampoco sería deseable. Si bien es necesario que el terapeuta mantenga en todo momento una actitud objetiva y de ayuda, esta actitud encierra la posibilidad de una gran diversidad de respuestas hacia el paciente. Las reacciones espontáneas a las actitudes de éste no son con frecuencia deseables para la terapia, pues pueden repetir la impaciencia del progenitor o la solicitud que originaron la neurosis, y no pueden, en consecuencia, constituir la experiencia correctiva necesaria para la curación.

El caso de Jean Valjean

Todos los lectores conocen el ejemplo clásico de experiencia emocional correctiva presentado en *Les Misérables* de Víctor Hugo. En su descripción de la conversión de Jean Valjean, Hugo anticipó el principio fundamental de toda psicoterapia que tiende a establecer un cambio profundo en la persona del paciente. Se recordará que la personalidad de Jean Valjean, el ex convicto, sufrió un cambio dramático debido a la abrumadora e inesperada bondad del obispo a quien tratara de robar. Todavía anonadado al verse tratado, por vez primero en su vida, mejor de lo que merecía, Valjean encuentra al pequeño Gervais tocando la gaita en el camino. Cuando la moneda de dos francos del niño cae al suelo, el ex convicto pone su pie sobre ella y se niega a devolvérsela. Aunque el niño llora y ruega desesperadamente, Valjean permanece incólume. En un estado mental de parálisis y de total confusión, es incapaz de quitar su pie de encima de la moneda. Sólo después de partir Gervais, desesperado, despierta Valjean de su estupor. Corre tras el niño en un frenético esfuerzo de enmendar su mala acción, pero sin poder encontrarle. Eso es el comienzo de su conversión.

Hugo escribe: "Sintió en forma indistinta que el perdón del sacerdote era el asalto más formidable que le hubiese conmovido hasta entonces; que si resistía a tamaña clemencia, su endurecimiento sería permanente; y que si, por el contrario, ahora cedía, debería renunciar él a ese odio con el que los actos de los otros hombres habían llenado su alma durante tantos años, y que le complacía que en esa ocasión debía conquistar o darse por vencido; y que una lucha, una lucha colosal y final, se había iniciado entre su maldad y la bondad de ese hombre. Algo que ni siquiera sospechaba es seguro, sin embargo él ya no era el mismo hombre, todo estaba cambiando en él, y ya escapaba a sus facultades liberarse del hecho de que el obispo le hablase y le tomara de la mano"

Jean Valjean no sabía por qué robaba al niño. Sentía con claridad, sin embargo, que “si a partir de ese momento no era el mejor de los hombres, sería el peor, que ahora debía ascender más alto que el obispo o hundirse más hondo que el esclavo de las galeras; que si deseaba ser bueno debía llegar a ser un ángel y si deseaba seguir siendo malvado debía llegar a convertirse en un monstruo”. Aquí el autor interrumpe su narración dramática y se adentra en una discusión psicodinámica de los procesos emocionales de Valjean en un intento de explicar su súbita conversión.

La Percepción Dinámica de Hugo: de no ser por el episodio con Gervais y la explicación psicológica que Hugo da del estado emocional de Valjean, el relato de su conversión no merecería nuestra atención. La escena del obispo, que demuestra el efecto de la bondad sobre los infortunados y maltratados parias, no es en manera alguna nueva. El encuentro con el niño, en cambio, no sólo muestra que Hugo comprendió instintivamente la metamorfosis emocional, sino que estaba familiarizado con el proceso dinámico en todos sus pormenores. Hugo nos muestra en forma explícita -y no podría darse hoy en día mejor explicación- por qué Valjean se comportó de manera tan inhumana con el pequeño Gervais, robando al niño indefenso inmediatamente de haberse sentido abrumado por la generosidad del obispo.

Para Hugo el concepto de equilibrio emocional perturbado no era una mera frase sino una realidad psicológica cabalmente entendida. Plantea la cuestión de por qué Valjean cometió acto tan brutal precisamente en ese momento, y la responde con otra pregunta: “¿Era un esfuerzo final y, por así decirlo, supremo del pensamiento maligno traído por él desde Bagne, un resto de impulso, un resultado de lo que en estática se llama fuerza adquirida?” Hugo comprendió que el acto del obispo era un ataque violento contra el precario equilibrio emocional de Valjean, consistente en ser cruel con un mundo cruel, y vio que, como respuesta, Valjean debía restablecer su equilibrio mediante una rencorosa insistencia en ser malvado. Con ello Hugo describe una experiencia bien conocida en psicoanálisis: toda vez que el tratamiento ataca un síntoma o actitud neurótica, se produce por lo común un recrudecimiento del síntoma, antes de que el paciente pueda abandonarlo por completo. El psicoanalista experimentado conoce esta tormenta que precede a la calma, esta exacerbación de la condición morbosa que precede a la mejoría y observa su aparición con ansiosa expectación.

Modelo de Psicoterapia Breve: cabría poner en duda que una sola experiencia pueda deshacer los efectos acumulados de un mal trato que dura toda una vida. Estamos justificados, con todo, al suponer que Valjean, aun siendo un endurecido criminal, tenía una conciencia y ésta había perdido su eficacia sólo en virtud de las asperezas de su desarrollo emocional. Tenía que destacarse a sí mismo su sino adverso, a fin de sentirse libre para obrar en forma destructiva. La inesperada y extraordinaria bondad del obispo trastornó este equilibrio.

La conversión de Valjean se produjo en un lapso de pocas horas, es un modelo de psicoterapia breve. Esta obra maestra del análisis psicodinámico fue escrita en 1862, unos sesenta años antes de que Freud presentara su concepto de superyó y su apremiante influencia sobre el comportamiento humano.

Que el relato de Hugo no es mera creación de la fantasía, lo han probado numerosos ejemplos clínicos. Los informes de Aichhorn sobre sus pacientes delincuentes presentaban acontecimientos análogos¹. El autor de este capítulo ha observado también el tremendo efecto que sobre los jóvenes delincuentes tiene el mero hecho de que la actitud del terapeuta no sea crítica y moralista, sino, por el contrario, la de un amigo benévolo y deseoso de ayudarles. En algunos pacientes, los marcados contrastes entre sus propias reacciones autocríticas, superyóicas, y la actitud tolerante del analista, puede bastar por si sola para producir resultados profundos, tal como se advertirá en los casos presentados en capítulos ulteriores.

¹ Véase sobre “el experimento reeducativo de Alchhorn”: Kate Friedlander, *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*. Buenos Aires, ed. Paidós, 1950, cap. V (Métodos de tratamiento ambiental)